

BIBLIOTECAS QUEMADAS

***DOCE SIN-RAZONES PARA QUEMAR
UNA BIBLIOTECA***

FRANCISCO RINCÓN RÍOS

BIBLIOTECAS QUEMADAS



1ª edición, 2017

Diseño de la cubierta: Francisco M. Mesa García

Ilustraciones interiores: Eugenio Fernández Pruna

Editorial DALYA

Jilguero 14

11100 San Fernando

www.edalya.com

© del texto, Francisco Rincón Ríos

© Desarrollo de Ámbitos de Lectura y Aprendizaje S.L.

Reservados todos los derechos sobre este libro. No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, multimedia o digital, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 978-84-946227-5-5

Impreso y encuadernado por CIMAPRESS

Printed in Spain / Impreso en España

*Para Rafi,
cómplice imprescindible
de estos incendios*

ÍNDICE

Prólogo	11
1ª razón: <i>La ambición política</i>	
Qi Shi Huang Di	17
2ª razón: <i>El amor despechado</i>	
La biblioteca de los amantes	23
3ª razón: <i>El exterminio de una cultura</i>	
El alma de Granada	33
4ª razón: <i>La venganza</i>	
Las tabletas del destino	43
5ª razón: <i>La afición descontrolada por los libros</i>	
La Historia de Rashid al Din	49
6ª razón: <i>El fanatismo ideológico</i>	
El comando de las antorchas: Los Bradkommandos	59
7ª razón: <i>El fanatismo social</i>	
Los pueblos del Libro	67
8ª razón: <i>La eliminación de un pueblo</i>	
Las mariposas de Vijecnica	75

9ª razón: <i>El monoteísmo excluyente</i>	
Los faros de Alejandría.	79
10ª razón: <i>La ignorancia</i>	
<i>y la obcecación religiosa</i>	
Los quipucamayoc	89
11ª razón: <i>La prepotencia religiosa</i>	
Los rastreadores de Dios	97
12ª razón: <i>La rapiña</i>	
Ensalmo 137: Lamento del poeta persa	105

PRÓLOGO

Por el bachiller Sansón Carrasco

Desde siempre me había preguntado por qué nuestro señor don Miguel de Cervantes hizo quemar la biblioteca de don Quijote.

Siempre se ha dicho que los buenos libros fueron liberados del fuego. No es cierto.

El cura y el barbero, con su donoso escrutinio, parecen avalar esa creencia, como si los causantes del desvarío fueran, no los libros en general, sino los malos libros.

Pero al final el brazo ejecutor del ama y la sobrina termina lanzando a la hoguera no solo los libros desechados por improcedentes sino toda la biblioteca, sin exceptuar ninguno. Pero la quema de libros no iba a curar al Hidalgo de su locura.

Su lectura había sido la causa pero el fuego no era el remedio.

Por eso yo, el bachiller Sansón Carrasco, intenté otra solución.

Las diferencias de ingenio, como establecen los graves filósofos Hipócrates, Platón y Aristóteles, y el señor Huarte de san Juan acepta, se reducen al calor, frialdad, humedad y sequedad. De tal forma que la sequedad es el reflejo de la inteligencia, mientras que el calor y la humedad reflejan las emociones.

Y nadie más enjuto y seco que mi vecino el admirado señor Quijano. De modo que si había que reducirle a la cordura habría de ser por la inteligencia y no por el burdo engaño de la supuesta desaparición de la biblioteca.

Recurrí a lo que pude. Me enfrenté a don Quijote en las playas de Barcelona y le vencí. No me siento orgulloso de esa proeza. Me enorgullece mi capacidad de adaptación a las circunstancias.

Lo importante no es la selección o discriminación de libros, tan agudamente resuelta por don Miguel. Lo extraño es el final de todos ellos. El fuego. Unos por malos. Otros por libros simplemente. Los últimos superan la exigencia de calidad. Ninguno su ser de libros, capaces de inducir a la locura, con buenos o con malos argumentos. Todos los libros son igualmente culpables y todos terminan lanzados por la ventana a la hoguera del corral.

Nadie discute lo merecido de la sentencia de los palmerines y oliveros.

Pero al final los inocentes de desvaríos y engaño también ardieron. Incluso se emparedaron los estantes vacíos, para borrar hasta el recuerdo de los libros.

No creo ni por un momento que don Miguel pensara de esa forma. Creo más bien que con su doble forma de condena está apuntando a ciertas instancias, que más vale no recordar, que queman cuanto papel les viene a mano, todo él sospechoso de herejía y desvarío. Solo la ignorancia iletrada tiene patente asegurada de sentido común entre nosotros.

La quema de bibliotecas, por desgracia, no es ninguna novedad en las españas, como no lo es, por otra parte en el resto del mundo, ni creo que lo sea en siglos venideros.

Donde se eleva el humo de los libros hay siempre un tirano.

No valen las excusas de infieles, paganos o herejes, así las diera el califa Omar en Alejandría, Cisneros en Granada, o el obispo Pedro Sarmiento en las amélicas... Los libros son el fruto más sabroso y frágil de la inteligencia humana y por eso siempre me preocupó entender los motivos por los cuales de forma tan encarnizada se les destruye.

No creo que llegue a entenderlo nunca, pero sea bienvenido cualquier esfuerzo que se oriente a explicarlo, pues solo así lograremos, si no a ponerle remedio, cosa que parece imposible, a comprender las causas de este desvarío.

Tal vez así alcancemos a prevenir alguno.



1ª razón: *La ambición política*

Qi Shi Huang Di vivió desde el año 260 al 210 a. de C.

Comenzó a gobernar a los trece años (247 a. de C.)

En el 213 a. de C., Shi Huang Di decretó que se quemaran todos los libros de China excepto los que versaban sobre agricultura, medicina o profecía.

Qi Shi Huang Di

Qi Shin Huang Di era demasiado joven y vehemente cuando heredó el reino de Qi. Zheng (su nombre antes de ser Huangdi) ascendió al trono en el 247 a.C. con doce años y medio de edad. Era altanero y cruel. Pero también un amigo generoso y un hijo devoto.

Lao Ai era la caña de bambú en la que se apoyaba su inexperiencia.

Lao Ai era un eunuco al servicio de la reina madre, eficiente y sagaz. Con él, el reino funcionaba sin problemas. Y el joven rey de Qi se dedicaba libremente a los ejercicios de las armas y la caza con los soldados. Así fortaleció su cuerpo y puso en guardia su mente; conoció la furia de los nómadas y la fuerza del viento libre del desierto.

Un día descubrió lo impensable.

La mujer despechada que lo denunció murió de inmediato. Lo que contaba era imposible. Solo podía inventarse una historia semejante por un odio muy profundo. Por eso la mandó decapitar.

Pero después pensó que la sedición era excesivamente inverosímil para ser inventada. Se arrepintió de su impulso, pero ya no podía hacer nada, salvo el propósito de pensar antes de actuar.

Observó a Lao Ai, el eunuco, y por primera vez le llamó la atención su cuerpo firme y tenso, que no lograba ocultar la amplia túnica que siempre vestía.

Y lo mandó acechar.

La mirada afilada de la emperatriz se endulzaba cuando se detenía en el jefe de los eunucos. Y había dos niños que la miraban a ella con arrobo en las fiestas de palacio.

Estudió el perfil de su madre. Ella bajó los ojos al sentirse observada y miró en dirección opuesta. Así vio el mismo paisaje que Shi Huang y sonrió con timidez. El emperador quedó de inmediato convencido de su culpa. Mató a Lao Ai, el amante de su propia madre y a sus dos hijos.

Y mandó matar a los siete pretendientes que asediaban la tierra: Qi, Yan, Zhao, Han, Chu, Wei y Qin. Eran los siete reinos que se disputaban la hegemonía del imperio. Así acabó con el periodo ancestral de los Reinos Combatientes.

Y se nombró por primera vez emperador de los siete reinos. El Huangdi.

Se enamoró de una sola amante.

Para que fuera solo suya, quiso borrar de su oído todos los rumores y susurros anteriores y mandó quemar los libros y los recuerdos de la emperatriz. Y con ella mató en su corazón a todas las mujeres. Y las desterró al cultivo de la morera blanca y el madroño encarnado en las regiones montañosas del centro, y les quitó la voz serena de los signos y las palabras. La seda, en adelante, ya solo sirvió para envolverlas.

Hasta entonces las revelaciones de los dioses y la reflexión y la locura de los hombres dormían en sutiles tejidos que se desplegaban como banderolas verticales que

guardaban la historia del emperador Amarillo, la filosofía de Confucio, la sabiduría del Tao, el conocimiento ancestral del equilibrio del Yin y el Yang y la Teoría de los Cinco Elementos, en la que toda forma de vida del universo es animada gracias a la energía “Qi”.

Destruyó también la leyenda de la diosa Leizú, los poemas de la seda de Lou Shou, *Geng-Zhitu*; el Shijing, el *Libro de las canciones*; el Shujing, el *Libro de los documentos*, y el Shihi, las *Anotaciones del historiador*, así como *Los planes de los reinos combatientes*, de Zhanguoce, la vida mítica de Yu el grande y la historia de los Ocho inmortales y de los Cuatro reyes celestiales.

Mandó quemar toda la sabiduría de seda de los últimos 3000 años, que había llevado a la disolución de los reinos y a la guerra interminable entre ellos, a pesar de la profunda sabiduría de Confucio y la que se derramaba del *Tao te King* de Lao-Tsé.

Descubrió que la seda cubierta de signos y palabras era un combustible perfecto. Cuando los miles de banderolas crepitaban, nadie sabía si se oía el grito del tejido al disolverse en el fuego o el rechinar de las letras que se resistían a las llamas. Pero con ellas quemaron las almas de los siete reinos celestiales libres que en adelante se sintieron sin vida propia.

Los nuevos héroes y sabios hablaron el idioma de Qi, de acuerdo con Li Si, el de los sellos pequeños, que mandó tallar los edictos imperiales en los muros sagrados de las montañas de China. Así hizo saber al cielo la unificación de la tierra.

Después construyó una gran muralla que la ocultara a cualquiera otra pretensión futura. Con ella empequeñeció a

sus enemigos y sometió a su amada a un cerco interminable. Sólo sus hechos y dichos constituirían sus recuerdos y sólo su voz formaría a la nueva amada que desposaría.

Los pueblos bárbaros de los hunos y los jinetes nómadas del Gobi fueron alejados por los caminos de la ignorancia y la perdición. Consagró una nueva escritura que imprimió en una larga lámina enrollada que se llamaría papel. Desde entonces, la locura de los celos y la posesión se apoderó del emperador.

Para después de su muerte forjó, a 1400 grados de temperatura, un ejército de terracota que la defendieran en la eternidad. Los enterró en la montaña Lishan, rica en oro y jade, para que esperaran incorruptos cualquier ataque inesperado. Así pudieron soportar –la vanguardia de los arqueros, los lanceros invencibles, los veloces caballos con las cinchas de oro, y los duros soldados de la retaguardia– el frío del tiempo y la desidia de los siglos.

En agradecimiento, su amada lleva su nombre para siempre.

Se llama Chin(a), Qi.